

Limpiar las sabanas de serpientes, tigres e indios: la frontera llanera en *La vorágine* de José Eustasio Rivera

EL AUTOR:

Antropóloga de la Universidad Nacional de Colombia, con estudios de maestría en literatura peninsular y latinoamericana en la Universidad de Washington y de doctorado en literatura latinoamericana en la Universidad de Iowa. Ha realizado investigaciones sobre la historia de las relaciones entre llaneros y guahibos en los Llanos Orientales, sobre cultura material e identidad entre grupos tucano oriental del Vaupés y entre campesinos del Valle de Tenza en Colombia. Ha recopilado y traducido al español obras y artículos de Theodor Koch-Grünberg y Konrad Theodor Preuss. Ha investigado la representación de la nación en novelas colombianas del siglo xx, tema sobre el cual publicó el artículo "De patrias chicas y grandes: la representación de la nación en *María* de Jorge Isaacs y *Manuela* de Eugenio Díaz" (2004). Trabaja en su tesis de doctorado.

E-mail:
maria-ortiz@uiowa.edu

RESUMEN

En este artículo se analiza el tratamiento del conflicto entre llaneros y guahibos en la primera parte de *La vorágine*, desde el punto de vista del diálogo con la cultura y la tradición oral llaneras que constituyen así los intertextos de esta parte de la novela. El narrador, Arturo Cova, ajeno a los hechos que narra, se limita supuestamente a transmitir al lector de manera neutral las versiones de la oralidad llanera sobre el conflicto con los guahibos, tradición en la cual estos son considerados como unos animales dañinos y peligrosos a los cuales es preciso y legítimo exterminar. Sin embargo, cuando Cova toma contacto personal con los guahibos, su pretendida neutralidad se desvanece ya que las opiniones que expresa sobre ellos no hacen más que reafirmar las ideas pseudo-racistas y discriminatorias sobre los indígenas de llano y selva, entre otros, que prevalecían en Colombia en las primeras décadas del siglo xx.

PALABRAS CLAVE: Llanos orientales, Rivera, guahibo(s), frontera(s), *La vorágine*.

ABSTRACT

GETTING THE SNAKES, TIGERS, AND INDIANS OUT OF THE PLAINS: THE PLAINS FRONTIER IN *THE VORTEX* BY JOSÉ EUSTASIO RIVERA

This article looks at how the conflict between the plains settlers and the Guahibo Indians is handled in the first part of *The Vortex*, from the point of view of a dialogue between culture and the oral storytelling tradition of the plains region, thus constituting a subtext for this part of the novel. The narrator Arturo Cova, an outsider to the incidents he recounts, purports to limit himself to narrating in a neutral manner the oral tale of the conflict with the Guahibo Indians, who according to the traditional telling are considered to be dangerous and harmful savages that should rightly be exterminated. However, when Cova makes personal contact with the Guahibos his purported neutrality vanishes and the opinions that he expresses about them only serve to reinforce the pseudo-racist and discriminatory ideas about the Indians of the plains and the jungle, among others, that predominated in Colombia in the early decades of the 20th century.

KEYWORDS: Llanos orientales, Rivera, Guahibos, Borders, La Vorágine, The Vortex

En 1972, ocho hombres y dos mujeres fueron juzgados por la masacre realizada en el hato La Rubiera, situado en el departamento de Arauca, cerca de la frontera con Venezuela, en la que asesinaron a 16 indios cuiva (tres hombres, seis mujeres, siete niños). Los invitaron a almorzar al hato y, cuando estaban comiendo, los mataron a bala y machete. Los acusados manifestaron desconocer que matar indios era un delito ya que "cuiviar" y "guahibiar," literalmente cazar indios cuiva y guahibo con el fin de limpiar las sabanas para meter ganado, era una práctica aceptada consuetudinariamente en la región de los Llanos Orientales¹. El juicio fue llevado a cabo en la ciudad de Villavicencio, la puerta de entrada al Llano, donde los jueces aceptaron los argumentos de los acusados y los absolvieron. Fue necesaria una vasta protesta nacional para revocar el veredicto, trasladar el juicio al centro del país y declarar finalmente culpables a los asesinos (Ortiz y Zambrano, 1984: 1; Vasco, 2002: 134).

El proceso reveló ante los demás colombianos la existencia de la región de los Llanos

¹ Los cuiva y los guahibo o sikuani son grupos indígenas nómadas y seminómadas de los Llanos Orientales, siendo los segundos el grupo más numeroso de la región. La Organización Nacional Indígena de Colombia (Onic) estimó en un trabajo de 1993 la población sikuani en 32.500 personas en Colombia y cerca de 10.000 en

Venezuela. El número de cuiva fue estimado entre 700 y 800 personas en Colombia. En los Llanos viven también grupos de horticultores como los achagua (aproximadamente 400 personas), los sáliva (cerca de 2000), los piaroa (unos 800 en Colombia y cerca de 3.500 en Venezuela) y los piapoco (aproximadamente 5.350).



Orientales², situada mas allá de la barrera de los Andes, en la cual regían unas leyes y unas costumbres distintas a las del resto del país. Casi cincuenta años atrás, José Eustasio Rivera había puesto ya de presente algunas de estas diferencias en la primera parte de su novela *La vorágine*, que transcurre en el Casanare, una de las regiones que integran los Llanos Orientales de Colombia. Había descrito también en unas pocas líneas una de esas “guahabadas” que los acusados de La Rubiera consideraban tan legítimas y naturales³.

Con el tema de los llanos, Rivera introduce al lector en una región y en una sociedad casi desconocidas tanto en la Colombia de los años de 1920 como en la de la década de los setenta, y en la problemática del conflicto secular entre llaneros y guahibos que había estructurado los llanos a manera de una frontera interior dentro del país desde finales del siglo XVIII. Según Curcio Altamar, este tema sólo había sido tocado con anterioridad en la literatura colombiana tangencialmente en una novela y en algunos relatos de viajes⁴. Por lo demás, esta parte de la novela ha sido ignorada por la crítica que al haber consagrado tradicionalmente *La vorágine* como la novela fundacional de la selva suramericana, ha dejado casi por completo de lado el análisis de la temática de los llanos en la obra⁵.

En el tratamiento del conflicto entre llaneros y guahibos Rivera asume un diálogo con la cultura y la tradición oral llaneras que constituyen así los intertextos de esta parte de la novela. El narrador, Arturo Cova, ajeno a los hechos que narra, se limita supuestamente a transmitir al lector de manera neutral las versiones de la oralidad llanera sobre el conflicto con los guahibo, tradición en la que estos son considerados como unos animales dañinos y peligrosos a los que es preciso y legítimo exterminar. Sin embargo, cuando Cova toma contacto personal con los guahibo, su pretendida neutralidad se desvanece ya que las opiniones que expresa sobre ellos no hacen más que refrendar las ideas pseudo-racistas y discriminatorias sobre los indígenas llaneros y de la selva, que prevalecían en Colombia en las primeras décadas del siglo XX.

UNA NACIÓN RODEADA DE SALVAJES: FRONTERAS INTERIORES EN COLOMBIA

Los Llanos, además de ser una frontera binacional entre Venezuela y Colombia, constituyen dentro de esta última una frontera

interior que corresponde a lo que Pratt ha definido en *Imperial Eyes* como *contact-zone* o “zona de contacto,” ya que en ellos se encuentran gentes y culturas que habían estado con anterioridad geográfica e históricamente separadas (Pratt, 1992: 6). Estos encuentros de la “zona de contacto”, que esta autora llama coloniales, ya que son, en su mayoría, producto de la expansión colonial, se caracterizan por relaciones asimétricas de poder y por el ejercicio de la dominación y la violencia por parte de los poderes coloniales sobre las culturas nativas (*ibid.*). Sin embargo, los “encuentros” entre llaneros y guahibos en los Llanos presentan algunas diferencias con el análisis de Pratt, ya que se llevan a cabo en su mayor parte durante el período republicano, cuando ya Colombia había adquirido su independencia y había dejado de ser una colonia de España.

Autores como Donnan y Wilson han planteado que el estudio de las fronteras puede resultar muy fructífero para la comprensión de la nación y el Estado. En este sentido, el caso de la frontera llanera contribuye a esclarecer el carácter del Estado-nación colombiano al señalar la desigual valoración e importancia que poseen las distintas regiones en el interior del mismo. En efecto, en este Estado-nación que se articuló históricamente alrededor de la zona andina como su núcleo fundamental, las regiones como los llanos y la selva se asumieron como fronteras interiores que marcaban los límites entre la “civilización” y “la barbarie”⁶.

² De acuerdo con Jane Rausch, cuya amplia obra está dedicada a la historia de los Llanos Orientales, los llanos, que constituyen la más grande extensión de sabana tropical de América del Sur y que se extienden tanto por Colombia como por Venezuela, tienen un área aproximada de 253.000 kilómetros cuadrados, ocupan una quinta parte del territorio total de Colombia y comprenden los actuales departamentos de Arauca, Casanare, Meta y Vichada. Es una región conformada por extensas planicies o llanuras cubiertas de pastos naturales y surcadas por grandes ríos, a lo largo de cuyas riveras se extienden bosques de galería llamados por los llaneros matas de monte. (Rausch, 1984: XI, 6, 7). Estas llanuras han estado dedicadas a la ganadería extensiva por lo menos desde el siglo XVIII y en las últimas décadas también a la explotación de petróleo y a la agroindustria.

³ Según Neale-Silva, Rivera vivió en los llanos de Casanare entre 1918 y 1920 en la po-

blación de Orocué, un puerto sobre el río Meta, manejando como abogado el pleito de sucesión de una herencia. (Véase el capítulo sexto de su biografía sobre el escritor, titulada *Horizonte humano. Vida de José Eustasio Rivera*)

⁴ Según este crítico, la región de los llanos y la selva del suroeste de Colombia habían sido utilizadas “aunque impenetrable y retóricamente por Felipe Pérez en algunos pasajes de *Los gigantes*, 1875; y, cuando menos, había encontrado formulación descriptiva en algunos relatos de viajes muy anteriores a *La vorágine* como en *De Bogotá al Atlántico* (1897) de Santiago Pérez Triana y *Un viaje a Venezuela* (1890) de Modesto García”.

⁵ En la compilación de Montseirrat Ordóñez titulada *La vorágine: textos críticos* se recoge una buena parte de la crítica sobre la novela. Solamente Crespi, en su artículo de 1974, “La vorágine: 50 años después”, se refiere en unos pocos párrafos al tratamiento del llano en la obra.

El crítico ve esta parte de la novela como un eco del *Facundo* de Sarmiento en el que los llaneros se equiparan a los gauchos y considera que Rivera presenta a los primeros desde una perspectiva épico-cosmubrista que no tiene en cuenta un contexto histórico y objetivo. Por su parte, French, en su disertación de doctorado (Ordóñez, 1987: 423) del año 2001, *The Invisible Empire...*, siguiendo a Crespi plantea que Rivera quiere preservar una imagen anacrónica y ahistórica del dominio de los colombianos blancos, descendientes de los conquistadores, en los llanos, omitiendo la subordinación de la región a los intereses del capitalismo mundial (French, 2001: 230). Lynch ignora que si bien estos intereses jugaron un papel determinante en la explotación del caucho en las selvas amazónicas, no sucedió lo mismo en los llanos que constituían una frontera ganadera de tipo tradicional, extensiva y sin tecnología moderna, en la que la demanda mundial de productos como las plumas de garza fue de corta duración y cuyo impacto e importancia en la sociedad llanera fueron relativamente de poca importancia.

⁶ Como explica Brooke Larson, desde mediados del siglo XIX en Colombia, geógrafos, etnógrafos y ensayistas se empezaron a preocupar por develar los secretos de las fronteras ignoradas o prohibidas de la nación: “More than a mere aggregation of facts, these studies provided a vision of a fragmented nation composed of distinctive regional and racial subcultures. Region and race served as the organizing principles of knowledge...The new geography bipolarized Colombia into the civilized highlands populated by ‘white and mestizo types’ and its savage hinterlands - the interior tropical forests of nomadic tribal peoples and the southern Pacific littoral and the Caribbean coastal regions, where large concentrations of black people lived”[...] “Más que un mero agregado de hechos, estos estudios proveyeron la visión de una nación fragmentada, compuesta de subculturas regionales y raciales distintivas. Raza y región sirvieron como los principios organizadores del conocimiento... La nueva geografía polarizó a Colombia en las regiones montañosas pobladas por “tipos blancos y mestizos” y su salvaje *hinterland* - las selvas tropicales interiores de los grupos tribales nómadas y el litoral Pacífico en el sur y las regiones costeras del Caribe donde vivía una numerosa población negra” (mi traducción).

⁷ El empresario y político Rafael Reyes, quien fue presidente de Colombia entre 1904 y 1910, y el importante político liberal Rafael Uribe Uribe expresaron este tipo de opiniones en obras cortas publicadas en las primeras décadas del siglo XX. Reyes en *A través de la América del Sur. Viajes de los hermanos Reyes* (1902) y Uribe en *Reducción de salvajes* (1907). Para un análisis de posiciones similares de otros intelectuales y políticos como Guillermo Valencia, y más tardíamente Laureano Gómez y Luis López de Mesa, véase *Entre selva y páramo* del antropólogo colombiano Luis Guillermo Vasco Uribe.

⁸ Véase Ortiz y Zambrano, *op. cit.*, capítulo III, y Barbosa, *op. cit.*, capítulo II.

⁹ Para esta parte nos hemos basado en Morey, Robert V., "Ecology and Culture Change Among The Colombian Guahibo" (1970), Morey, Nancy C. y Robert C. Morey, "Foragers and Farmers: Differential Consequences of Spanish Conquest" (1973), Morey, Nancy C., "Ethnohistory of the Colombian and Venezuelan Llanos" (1975); Ortiz y Zambrano, "Esbozo histórico de las relaciones entre llaneros y guahibos" (1984); Jane Rausch, *A Tropical Plains Frontier. The Llanos of Colombia 1531-1831* (1984); Augusto Gómez, *Indios, colonos y conflictos: una historia regional de los Llanos Orientales, 1870-1970* (1991); Reinaldo Barbosa, *Guadalupe y sus centauros. Memorias de la insurrección llanera* (1992).

¹⁰ Alistair Hennessy ha puesto de presente la persistencia de las fronteras en Latinoamérica: "one of the most extraordinary features of Spanish American life is the persistence of frontier conditions through the centuries since the conquest" (uno de los más extraordinarios rasgos de la vida hispanoamericana es la persistencia, a través de los siglos, de condiciones de frontera desde la conquista) considerándolas como un elemento de gran importancia dentro de la historia latinoamericana, a pesar de haber sido ignoradas casi por completo: "the heart of Latin American historical experience is the interplay between metropolis and frontier" (el corazón de la experiencia histórica latinoamericana es la interacción entre las metrópolis y la frontera). (Hennessy, 1978: 2-3) En consonancia con estos planteamientos, Rausch postula que: "one persisting frontier worthy of greater consideration is that of the vast tropical plains, the

Esta consideración obedecía al hecho de que eran regiones habitadas, en su mayoría, por indígenas a quienes las élites políticas y económicas consideraban salvajes que había que "reducir", "amansar", "domesticar" o, en términos menos abiertamente derogatorios, "civilizar"⁷. El abogado y periodista liberal Rafael Uribe Uribe resumió admirablemente en unas líneas esta visión de la nación colombiana en 1907: "Como se ve, la población cristiana posee apenas una reducida porción de la parte central de esa enorme área llamada Colombia; casi toda la circunferencia está en poder del salvaje..."

La sociedad llanera de frontera, que persistió como una sociedad regional claramente diferenciada en el interior de Colombia hasta la década de 1980 y que hoy ha perdido mucha fuerza, era una sociedad cuya economía se basaba fundamentalmente en una ganadería extensiva y trashumante, complementada con una agricultura de subsistencia de origen indígena. En esta sociedad, el ganado, no la tierra, constituía la base de la riqueza y era la fuente del poder social y cultural. No existía la propiedad privada sobre la tierra y por lo tanto no había cercas; los ganados de distintos dueños pastaban revueltos en sabanas comunales sobre las que se tenía un derecho de posesión, los llamados "derechos de sabana". Había "derechos" y "derechitos" de sabana, según el ocupante fuera un rico dueño de un hato de cinco mil reses o un modesto dueño de no más de cien animales. Este sistema de ocupación de las sabanas resultaba perfectamente adecuado a las características climáticas del llano, que obligan a una ganadería trashumante de acuerdo con los períodos de lluvias y de sequía, que son sumamente marcados. La sociedad llanera poseía un derecho consuetudinario propio que se transmitía por tradición oral mediante el cual se reglamentaba la propiedad del ganado y el acceso a las sabanas, que fue compendiado por primera vez de manera escrita por El Libertador Simón Bolívar. Todos estos elementos les confieren a los llaneros un sentido de identidad cultural y de pertenencia regional de una fuerza tal que se colocan por encima de sus vínculos con las dos naciones a las que pertenecen. Los llaneros, antes que venezolanos o colombianos, se consideran llaneros y se sienten muy unidos a pesar de las barreras político-administrativas que los separan⁸.

llanos of Colombia... (una frontera persistente, digna de mayor consideración es la de las vastas planicies tropicales, los llanos de Colombia...) (mi traducción).

¹¹ Antes de la llegada de los europeos, los llanos estaban habitados por muy diversos tipos de sociedades indígenas: populosos grupos de horticultores re-

lativamente sedentarios, pescadores altamente especializados, sedentarios también, y grupos de cazadores-recolectores nómadas. Todos estos grupos estaban unidos entre sí por relaciones de alianza, guerra y comercio, constituyendo un complejo sistema cultural que se derrumbó con la llegada de los europeos.



Esta sociedad llanera se había constituido durante un largo período histórico en el que se dieron complejos procesos de mestizaje, redefinición de las relaciones de poder entre los diferentes grupos indígenas y surgimiento de nuevas identidades –como la de los llaneros–, procesos que siguieron a la conquista europea que trastornó totalmente la existencia de las sociedades prehispánicas.

LOS LLANOS: UNA FRONTERA ANTIGUA Y PERSISTENTE⁹

Desde la irrupción de los europeos, el llano se constituyó en una región de frontera que Jane Rausch ha definido como persistente¹⁰ y en la que han chocado, hasta nuestros días, sociedades y culturas de muy diverso origen. Con la llegada de los europeos y su secuela de guerras, epidemias y esclavitud, las estructuras de poder del llano prehispánico se alteraron totalmente¹¹. Los populosos e importantes grupos de horticultores sedentarios, entre ellos los sáliva y los achagua, que controlaban las mejores tierras de los llanos se debilitaron enormemente con la invasión europea, mientras que los nómadas guahibo salieron relativamente bien librados de la misma. Su movilidad les permitió evadir más fácilmente a los invasores y supieron aprovechar además hábilmente las nuevas circunstancias en su favor. Así, se involucraron activamente en el tráfico de esclavos, auspiciado en la Orinoquia por los holandeses, con el apoyo de grupos caribe, capturando sálivas y achaguas a quienes intercambiaban por mercancías europeas.

En el siglo XVI, los jesuitas introdujeron cambios importantes en los llanos, redefiniendo la situación existente. Los grupos horticultores, notablemente diezmados ya para ese entonces, fueron reducidos por los sacerdotes a la vida en misiones y utilizados como mano de obra en sus haciendas, en las que aprendieron, entre otras, las labores relacionadas con la ganadería. Los guahibo, por el contrario, fueron reducidos en mucho menor medida ya que se acercaban a las misiones solamente para obtener los preciados bienes europeos que les daban los sacerdotes para atraerlos, retornando después nuevamente a su vida nómada. Poco a poco, éstos se fueron apoderando de las tierras que antaño habían pertenecido a los horticultores y empezaron a convertirse en el grupo más importante del llano.

Con la expulsión de los jesuitas en 1767, los guahibo fortalecieron aún más su poder, crecieron numéricamente al absorber dentro de sí a los remanentes de distintos grupos horticultores y empezaron paulatinamente a practicar, como explican Robert y Nancy Morey, una agricultura incipiente que ya para el siglo XIX había producido diferenciaciones inter-



nas dentro de las distintas bandas¹². Por su parte, los indígenas que vivían en las misiones las abandonaron, recobrando su libertad y llevándose consigo algunas cabezas de ganado que los misioneros les habían dicho que eran suyas. Esta población de indios cristianizados y transculturados (en el sentido utilizado por Ángel Rama) que se dedicó, fuera ya de las misiones, a una agricultura de subsistencia y a la ganadería en pequeña escala, constituyó en buena parte el origen de los que se conocieron a partir del siglo XIX como llaneros y que los dueños de hatos que se adentraron en el llano después de la expulsión de los jesuitas utilizaron como peones¹³.

LIMPIAR LAS SABANAS DE TIGRES, SERPIENTES E INDIOS

Después de la expulsión de los jesuitas, no tardaron en afluir a los llanos nuevas olas de colonizadores o de invasores, si se quiere, que avanzaban por las sabanas invadiendo los territorios de los guahibo en busca de nuevos pastos para sus ganados, trabándose en una guerra a muerte con ellos.

Los dueños de hatos llaneros de la Capitanía General de Venezuela (1777-1810), una vez finalizada la ocupación de sus propios llanos, avanzaron desde los llanos de Apure hacia los llanos de la Nueva Granada –a los que consideraban una extensión natural de su propio territorio–, y cruzaron el río Arauca; para 1782 ya habían fundado Santa Bárbara de Arauca, actual capital del departamento de Arauca en Colombia. A su vez, colonos y propietarios del interior del Virreinato de la Nueva Granada (1739-1811) migraron también hacia los llanos de Casanare, donde algunos adquirieron partes de las haciendas de los jesuitas al momento de su remate público a particulares¹⁴.

Estos llaneros ganaderos avanzaban con sus ganados, como explica el historiador Augusto Gómez, por las sabanas que constituían los territorios de caza y recolección de los guahibo, con la intención de limpiarlas y asegurar así nuevos pastos para sus ganados. Limpiar significaba eliminar de las sabanas, tigres, serpientes e indios, considerados éstos como animales dañinos sin más; constituía por lo tanto una estrategia de exterminio y un abierto genocidio. Además, al concentrar ganado

en las sabanas y al propiciar quemadas en éstas para producir el rebrote de nuevos pastos, los

llaneros alteraban los recursos vegetales y animales existentes, de los cuales derivaban los guahibo su supervivencia. Al ser atacados de tan distintas maneras, éstos reaccionaron en defensa de sus territorios y de su vida, agrediendo a los viajeros que navegaban por los ríos, a los habitantes de hatos y fundaciones aisladas y matando el ganado de los llaneros invasores.

Ante la disminución de la caza que habían consumido tradicionalmente, los guahibo se vieron obligados a consumir la carne de estos nuevos y desconocidos animales –las reses– que debían considerar como un animal de caza más. Sin embargo, el hecho de que además los desjarretaran para que no pudieran moverse y de que les cortaran la lengua para que no comieran pasto denota que veían a estos animales como enemigos, destructores de sus recursos alimenticios y de su vida. Los llaneros reaccionaban con extrema violencia ante estos actos de los guahibo, ya que el ataque a sus ganados constituía un ataque al núcleo mismo de su existencia social. Totalmente indiferentes a los móviles de los indígenas, a sus derechos territoriales y a su valor como culturas, para los llaneros tales actos eran simplemente una clara muestra del salvajismo y el carácter dañino de los indígenas y constituían razones de peso que validaban aún más su exterminio (Gómez, 1991: 179-193).

A pesar de la oposición de los guahibo, la frontera ganadera avanzó inexorablemente y los indígenas fueron perdiendo sus territorios en siglo y medio de guerra, hasta quedar reducidos al actual departamento del Vichada en Colombia. En la actualidad y gracias a su organización y luchas, el gobierno colombiano les ha reconocido el derecho a algunos de sus territorios, en los que sufren sin embargo la presión constante de colonos provenientes del interior del país (Caribán Matapí, 1993: 54-69).

¹² During the nineteenth century the Guahibo are no longer uniformly described as nomads. Many of them had settled into villages on the banks of the formerly Achagua controlled rivers, and had taken up cultivation. The incorporation of many escaped mission Indians and fragments of groups such as the Achagua may have influenced them in this change of life style... It is during this period of the mid or late nineteenth century when we begin to

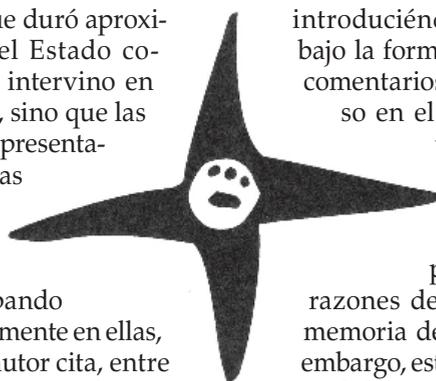
see distinctions made between "types" of Guahibo. The term Guahibo is beginning to be restricted to the relative peacefully cultivating villagers, and the term Cuiba (Cuiba) is used for the hunting nomads, who are considered to be the most dangerous to the whites. It is most likely that these settled Guahibo were not permanent cultivators as happen with the modern Guahibo who are seasonal cultivators. (Nancy Morey y Robert V. Morey, "Foragers and Farmers:

Differential Consequences of Spanish Contact", 1973, ps. 239-240). "Durante el siglo XIX, los guahibo ya no se describen uniformemente como nómadas. Muchos de ellos se habían asentado en poblados a las orillas de los ríos antaño controlados por los achagua y habían adoptado la agricultura. La incorporación dentro de sí de muchos indígenas escapados de las misiones y de fragmentos de grupos como los achagua pudieron haberlos influido para asumir este cambio de vida... Es en este período de mediados y finales del siglo XIX que empezamos a ver que se hacen las distinciones entre "tipos" de guahibo. El término guahibo se empieza a restringir a los relativamente pacíficos cultivadores de los poblados, y el término cuiba (cuiba) se usa para los nómadas cazadores, que se considera son los más peligrosos para los blancos. Es bien probable que estos guahibo asentados no fueran cultivadores permanentes como sucede con los guahibo modernos que son cultivadores estacionales" (mi traducción).

¹³ Debemos a Humboldt la primera mención escrita sobre los llaneros: "Hombres desnudos hasta la cintura y armados con una lanza recorren a caballo las sabanas para ojear los animales, recoger los que se alejan demasiado de los pastos del hato, marcar con un hierro encendido todo lo que no tiene aún la marca del propietario. Estos hombres pardos, designados con el nombre de *peones llaneros* son unos libres o manumisos, otros esclavos" (Humboldt, 1941: 224-225). Humboldt se refiere aquí a los llaneros de la Capitanía General de Venezuela –hoy Venezuela– cuyo proceso de formación difiere de la de los llaneros de Colombia en el sentido de haber recibido una mucha mayor influencia de población de ascendencia africana.

¹⁴ Véase la obra de Humberto Merchán Delgado, *Casta de centuaruros*, en la que este miembro del clan de los Delgado, importantes dueños de hatos de Casanare, describe el proceso en el que generaciones de sus antepasados –Gutiérrez y Delgado– adquirieron a mediados del siglo XIX parte de Caribabare, la más importante hacienda jesuita que fue rematada inicialmente en 1775.

Durante el siglo y medio que duró aproximadamente esta guerra, el Estado colombiano no solamente no intervino en ella para intentar detenerla, sino que las escasas autoridades que lo representaban en tan lejanas y apartadas regiones aprobaron de hecho las “cuiviadas” y “guahibiadas” organizadas por los llaneros, participando además muchas veces activamente en ellas, como explica Gómez. Este autor cita, entre otros documentos, uno de 1912 en el que se denuncia la complicidad de los funcionarios oficiales: “los civilizados, muchas veces capitaneados por el comisario o sea la proŕpia autoridad de la República donde se organice la batida, caen de improviso sobre los indios y sin más explicaciones ni aclaratorias los acribillan a balazos...” (Gómez, 1991: 344).



introduciéndose en las conversaciones bajo la forma de relatos largos o cortos, comentarios, dichos y opiniones o incluso en el parrando o fiesta llanera a través del canto y la música¹⁶. Hoy, esta historia oral que legitima los hechos de los llaneros y que desconoce por completo la voz y las razones de los guahibo, constituye la memoria de un pasado ya abolido. Sin embargo, este pasado permanece en gran medida como un pasado intocado que no ha sido criticado o sólo muy tímidamente y que posee una gran fuerza dentro de la mentalidad y la cultura llanera actuales, como se puede ver en la obra de algunos escritores e historiadores llaneros contemporáneos¹⁷.

En *La vorágine* se entra en diálogo con esta comarca al indicar, mediante estrategias de simulación de la oralidad llanera, el origen oral y no letrado de las historias de los guahibo que se incluyen en la obra. Esta simulación se evidencia tanto en el lenguaje que se utiliza en la novela como en la estructura misma del texto.

A nivel del lenguaje se incorpora en la novela el muy rico y original léxico del español hablado en los llanos, expandiendo así las fronteras lingüísticas de la literatura de su época. Rivera lleva a cabo, sin embargo, un trabajo de experimentación con este nuevo léxico local que lo aleja de caer en lo folclórico o en lo exótico, integrándolo con elaboradas imágenes modernistas en descripciones de paisajes ya clásicas como la del famoso amanecer llanero:

Bajo la gloria del alba hendieron el aire los patos chillones, las garzas morosas como copos flotantes, los loros esmeraldinos de tembloroso vuelo, las guacamayas multicolores. Y de todas partes, del pajonal y del espacio, del estero y de la palma nacía un hálito jubiloso que era vida, era acento, claridad y palpitación (Rivera, 2002: 91).

Otra técnica que el autor utiliza es la de alterar la ortografía de las palabras conocidas para intentar reproducir la manera en que los llaneros las pronuncian, recordándonos así que la lengua es también sonido y ritmo¹⁸. En este juego de los sentidos, se apela en *La vorágine* a la sinestesia que fuera tan cara a los modernistas.

En términos de la estructura del texto se replica la estructura de la oralidad llanera ya que el tema de los guahibo aparece diseminado aquí y allá a lo largo de las páginas, a la manera de conversaciones, comentarios y opiniones, tal como salpica las interacciones verbales en la vida diaria de los llaneros. Ya que en las culturas orales, explica Pacheco, la interacción cara a cara es predominante, y dentro de ella “los elementos de un contexto físico y cultural inmediato y compartido” (Pacheco, 1992: 39), las

¹⁵ Con el concepto de comarca oral, Pacheco busca explicar el predominio de la oralidad en comunidades latinoamericanas actuales: “Tal situación resulta particularmente evidente en comunidades aisladas del interior de la mayoría de nuestros países; las *comarcas orales* a las que nos referiremos más adelante, donde la existencia de una escuela rural elemental o el eventual acceso de algunos de sus miembros al periódico, al catecismo o a las órdenes escritas de la autoridad local no alteran fundamentalmente el predominio de lo que se ha llamado matriz de oralidad” (Pacheco, 1992: 37).

¹⁶ Durante el trabajo de llano, en los meses de diciembre a marzo, se recorren en las sabanas los becerros nacidos durante el año para curarlos, contarlos y marcarlos con la marca del dueño, así como hacerles un corte en las orejas que también es una marca de propiedad. Se doman así mismo los caballos necesarios para el servicio de los hatos y fundaciones. Según el tamaño del hato o fundación, en el trabajo de llano se pueden reunir hasta 30 ó 40 hombres para llevar a cabo las labores. Hato y fundación son categorías que se refieren a la propiedad de cabezas de ganado, los hatos tienen de cinco mil reses para arriba y las fundaciones entre tres mil y cinco mil. El trabajo de llano es una época de gran importancia para la difusión y el afianzamiento de la cultura llanera ya que durante las noches, después del trabajo, la gente se reúne a hacer música, contar leyendas y relatar eventos importantes de la historia del llano como la violencia de los años cincuenta o los conflictos con los guahibos (Rubio Recio, 1998: 103).

¹⁷ En *Karanau* (1975) de Raúl Loyo Rojas, en *Las guajibiadas* (1986) de Silvia Aponte y en *Casta de centauros* (1999) de Humberto Merchán Delgado.

¹⁸ Carlos Pacheco le da a este recurso el nombre de “transcripciones fonéticas” y lo considera un recurso fácil, manido y desacreditado, propio de la narrativa regionalista en la cual “solían aparecer como rasgos pintorescos al ser contrastadas con las del narrador principal cuyo lenguaje seguía en términos generales las pautas del es-

En tiempos más recientes, dos años después de La Rubiera, en 1970, en la región de Planas, en el Vichada, el ejército colombiano estuvo implicado en la tortura y el asesinato de numerosos guahibos que se habían organizado en una cooperativa (*ibid.*: 365). Uno de los sindicados de La Rubiera comentó sobre este tema lo siguiente: “Pero qué se imagina, si es que yo de niño me había dado cuenta que todo el mundo mataba indios; la policía, el DAS y la Marina, allá en el Orinoco mataban a los indios y nadie se los cobraba. Solamente nosotros estamos pagando por eso” (Veáse Germán Castro Caicedo en Anexo II de Ortiz y Zambrano).

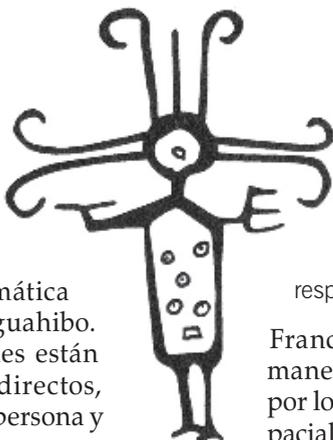
UNA COMARCA ORAL: LA VORÁGINE Y LA TRADICIÓN ORAL LLANERA

El conflicto con los guahibo constituyó durante casi dos siglos una constante en la vida de los llaneros; la elaboración cultural de un fenómeno tan relevante se llevó a cabo en lo fundamental a través de la tradición oral ya que la sociedad llanera es una sociedad que poseía hasta hace poco tiempo un acceso muy restringido a la escritura. Los llanos, en efecto, pueden ser considerados una comarca oral en el sentido en que ha sido definida por Carlos Pacheco, en la cual la historia como memoria social se consigna, recrea y trasmite a través de la oralidad¹⁵. Esta memoria histórica oral sobre el conflicto con los guahibo pasaba de generación en generación y constituía hasta hace unas pocas décadas una memoria que se realimentaba continuamente de realidades vivas en la medida en que el conflicto persistía.

Esta memoria sobre los guahibo podía aflorar en cualquier momento de la cotidianidad o en ocasiones especiales como los trabajos de llano,

pañol culto” (Pacheco, 1992: 89). En el caso de *La vorágine*, considero que Rivera inicia una experimentación con el léxico y el habla popular llane-

ros que abrirá puertas para futuros escritores interesados en mundos y lenguajes en Latinoamérica distintos de los de la ciudad letrada.



conversaciones constituyen en *La vorágine* el vehículo transmisor principal de la temática del conflicto entre llaneros y guahibo. Algunas de estas conversaciones están estructuradas como diálogos directos, otras se llevan a cabo en tercera persona y por lo general los que hablan son personas que habitan en los llanos.

El narrador, Arturo Cova, evita inmiscuirse en estas conversaciones, a las cuales él no tiene nada que aportar ya que no comparte con los otros personajes un contexto físico y cultural inmediato. Por lo tanto, se limita a oír y su oficio es el de transmitir de manera supuestamente neutral a los lectores el punto de vista de los llaneros sobre el conflicto con los guahibo. Sin embargo, interviene sutilmente en la caracterización de algunos de los personajes que hablan sobre los guahibo, a los cuales dota de mayor o menor poder, según su origen y su posición social. Estas diferencias de poder les confieren mayor o menor validez y legitimidad a sus opiniones sobre los indios, poniendo en entredicho la pretendida neutralidad del narrador.

El tema de los guahibo es introducido en la primera parte de la novela por Fidel Franco, el dueño de la fundación La Maporita, ubicada en Casanare, adonde llegan Don Rafo, Arturo y Alicia después de un largo viaje. Franco es presentado por su mujer, Griselda, a Arturo como un nativo de los llanos, aunque en realidad es oriundo de Antioquia, una región del interior andino de Colombia. Cova advierte este hecho y lo subraya al describir a Franco como superior a los llaneros: “Las facciones proporcionadas, el acento y el modo de dar la mano advertían *que era hombre de buen origen, no salido de las pampas sino venido a ellas*” (Rivera, 2002: 106) (subrayado mío). El comentario reproduce veladamente la jerarquización de las distintas regiones, ligada a los conceptos de civilización y barbarie, que se establece en el interior del Estado nación colombiano. En este caso Franco, un guate, proveniente de la zona andina, encarna la civilización mientras que la barbarie se asocia con los llanos.

Esta posición de poder respalda las aserciones de Franco sobre el conflicto entre llaneros y guahibos cuando introduce, casi al azar, en la conversación y ya para terminarla un comentario sobre los indígenas:

Y para colmo los indios guahibos de las costas del Guanapalo, que flechaban reses por centenares, asaltaron la fundación del Hatico, llevándose a las mujeres y matando a los hombres. Gracias a que el

río detuvo el incendio, pero hasta no sé que noche, se veía el lejano resplandor de la candelada (*ibid.*: 110).

Franco orienta a sus oyentes de la manera usual en el llano, en donde por lo general los relatos se ubican espacialmente, acudiendo a los nombres de ríos y fundaciones que solamente tienen sentido para quienes conocen la región y que carecen de significado para los extraños¹⁹. Los ríos son ejes fundamentales en el sistema de orientación de la región, ya que la población llanera se asienta con sus ganados en sabanas ubicadas entre dos ríos o caños con el fin de abastecerse de agua. Según explica Marcelino Sosa, líder e intelectual guahibo oriundo de las costas del Manacacías, cerca de Puerto Gaitán, en el departamento del Meta en Colombia, en su libro *Valor de la persona en la economía guahiba*, los ríos desempeñan así mismo un papel fundamental en el origen y la división de los grupos guahibo:

El autor analiza, según las versiones guahibas, que los grupos guahibos se dividían de acuerdo a los ríos, es decir gente del río Tomo (*Tomopijjwi*), del río Vichada (*Witsarapijjwi*), del río Meta (*Metapijjwi*)... etc. Los grupos de cada río tenían la mayor parte de sus relaciones con otros que vivían por el mismo río. Y hacia el norte, los grupos cuibas, masiguales, etc. (de la misma familia lingüística guahiba y que eran más nómadas), viajaban cada grupo por cierto río que era “su” río (Sosa, 1985: 18).

Los guahibo son definidos por su actividad de flechar reses y el uso del verbo en imperfecto –flechaban reses por centenares– señala lo habitual de esta actividad que enardecía a los llaneros. Los indígenas tenían razones de peso, como ya explicamos, para flechar reses, pero estas razones no tienen validez, más aún, ni siquiera existencia dentro de la oralidad llanera ni dentro de la novela. Ninguno de los oyentes de Franco pregunta nada al respecto, ni siquiera Cova ni Alicia, de quienes podría esperarse algo de curiosidad dado su desconocimiento del conflicto entre llaneros y guahibos.

La mención que hace Franco de mujeres blancas hechas prisioneras por los guahibo, hecho que no he encontrado mencionado en ninguna otra fuente hasta el momento, revela que Rivera estaba jugando con los relatos de cautivas, producidos por la literatura argentina que él conocía y había leído²⁰. No en vano habla siempre de los llanos como pampas, que es una palabra que no se usa en Colombia y que proviene de este acervo literario.

¹⁹ El nombre de la fundación posee igualmente una gran relevancia, ya que la baja densidad demográfica del llano hace posible que todas las personas de un sector extenso de sabanas, sepan cuáles son los hatos y fundaciones enclavadas en las mismas y quiénes son sus habitantes.

²⁰ La Biblioteca de Filosofía y Teología Mario Valenzuela S. J., de la Universidad Javeriana en Bogotá tiene una colección de 116 libros que formaban parte de la biblioteca personal del escritor y que fue clasificada y referenciada por la profesora Carmen Millán de Benavides, de dicha universidad. Uno de ellos es el relato que lleva por título *La cautiva*, sobre la historia de una mujer que fue raptada por los indios en la pampa argentina, publicado en Bogotá en 1915 en la serie Lecturas Populares del suplemento literario del periódico *El Tiempo*, sin nombre del autor, y el otro es *En las pampas. Narración de costumbres americanas* de Emilio H. Del Villar, publicado por Salvat, sin fecha, sobre un gauchito que vivió por muchos años entre los indios rangeles.

²¹ Mata de monte o monte es la expresión con la que los llaneros designan los bosques de galería que se extienden a lo largo de los grandes ríos: "Finally on the flood plains of major rivers such as the Meta, Guaviare and Casanare, are gallery forests, physiognomically and floristically more closely related to the rain forest than to the savanna palm groves. Gallery forests have many large-crowned trees which form an unbroken canopy over a multi-scatereed undergrowth" (Rausch, 1984: 7). "Finalmente, en las planicies inundables de los ríos más importantes como el Meta, el Guaviare y el Casanare, hay bosques de galería relacionados mas estrechamente en términos de fisonomía y florescencia con la selva tropical que con los palmares de la sabana. Los bosques de galería tienen muchos árboles con copas grandes que forman un dosel ininterrumpido que cubre una maleza desparramada por todas partes" (Traducido por Linda Mowat y María Mercedes Ortiz).

²² Los sikuaní o guahibo se ven a sí mismos como gentes de sabana, como explica Sosa: "Los guahibo se consideran gentes de la sabana, aunque siempre han tenido sus casas cerca de los montes donde podían sembrar sus conucos" (Sosa, 1985: 3). Aclara que los guahibo explotaban tanto la mata de monte o selva, como él la llama, como las sabanas. En la selva cazaban, recolectaban, encontraban materiales para hacer sus casas y practicaban la agricultura en sus conucos o sembrados (*ibid.*: 20). En la sabana cazaban también y recolectaban raíces comestibles. Las sabanas son también los sitios por donde los sikuaní se movilizan en cumplimiento de sus actividades de caza, pesca y recolección; en este sentido son como sus calles, por así decirlo.

²³ El moriche crece en el llamado bosque de sabana o morichal para los llaneros: "Savanna forests fill the valleys of the serranías and the depressions of the rolling grasslands. Unlike the rain forests, they are stands of moriche palms, with an admixture of other trees and shrubs (Rausch, 1984: 7). "Los bosques de sabana llenan los valles de las serranías y las depresiones de las onduladas sabanas. A diferencia de la selva, son grupos de palmas de moriche mezclados con otros árboles y arbustos" (Traducido por Linda Mowat y María Mercedes Ortiz).

Ninguna voz crítica se opone al mensaje maniqueo de este fragmento en el que los blancos son las víctimas inocentes y los indios los malos. Franco responde a la pregunta de Cova, que introduce un diálogo directo: "¿Y qué piensa hacer usted con su fundación? –con la respuesta usual en el llano: –¡Defenderla! –Con diez jinetes de vergüenza, bien encarabinados, no dejaremos indio con vida" (Rivera, 2002: 110). La entrada de la anciana doméstica Sebastiana interrumpe la conversación, de manera que la respuesta de Franco, en la que valida el exterminio de los guahibo como única solución al conflicto, queda flotando en el aire sin que nadie la objete.

Después de este episodio, los guahibo se vuelven a mencionar en una segunda conversación entre esta misma Sebastiana, mulata, mujer ya de edad, madre soltera y empleada doméstica en La Maporita, y su hijo Antonio, quien trabaja como peón para Franco. Se trata de personas más humildes y con menos poder social que Franco; de hecho son los empleados de éste. Antonio está comentando que a él no le gusta el monte y que por eso no se va para las caucherías con Barrera, a lo que su madre contesta: "–Los montes, pa los indios". El muchacho se exclama en la respuesta:

–A los pelaos también les gusta la sabana: que lo diga el daño que hacen. ¡En qué no se ve pa enlazar un toro! Necesita hayarse bien remontao y que el potro empuje. ¡Y ellos lo cogen de a pie, a carrera limpia y los desjarretan uno tras otro que da gusto! Hasta cuarenta reses por día, y se tragan una y las demás para los zamuros y los caricarís. Y con los cristianos también son atrevidos: ¡al dijunto Jaspe le salieron del matorral, casi debajo del cabayo, y lo cogieron de estampía y lo envainaron! ¡Y no valió gritarles: ¡Aposta, andábamos desarmados, y ellos eran como veinte y echaban flechas pa toas partes! (*ibid.*: 130).

En este fragmento de conversación, escrito con una ortografía distinta de la establecida, con la cual se quieren reclamar nuevamente los nexos del texto escrito con la oralidad, se señalan algunas de las diferencias entre llaneros y guahibos y se amplía la información previa sobre las actividades de los indígenas. En efecto, se mencionan aquí otros elementos de fundamental importancia dentro del conflicto como el desjarrete de reses. El desjarrete tenía por fin impedir que el ganado caminara e invadiera por lo tanto los territorios de los guahibo, destruyendo los recursos vegetales y animales existentes y amenazando por lo tanto la sobrevivencia de los indígenas, como explica Gómez (*op. cit.*: 341-42). Esta actividad

²⁴ La costumbre de lanzarles los perros a los indígenas fue instaurada por los conquistadores españoles y se seguía practicando en el llano entrado el siglo XX.



constituía un exceso intolerable para los llaneros, significaba el desperdicio inútil y absurdo de su más preciado bien, la carne de su ganado y constituía para ellos la sinrazón por excelencia; el desjarrete los llevaba a considerar a los guahibo como unos bichos dañinos que causaban daño por el placer de causarlo.

Sebastiana asocia en esta conversación a guahibos y llaneros con dos medios ambientes marcadamente diferentes en el ámbito de los llanos: a los primeros con las matas de monte y a los segundos con las sabanas. Probablemente tal asociación debía ser producto de las nuevas situaciones creadas por el avance de la frontera ganadera, al "limpiar" las sabanas de guahibos y expulsarlos hacia las matas de monte.

En las matas de monte o bosques de galería a lo largo de los ríos se concentran la mayoría de recursos de flora y fauna de los llanos y sus suelos ofrecen una mejor calidad para los cultivos, y es allí donde los guahibo y otros grupos indígenas del llano establecen sus cultivos de yuca brava o conucos²¹. Las sabanas, cubiertas de pastos naturales de los que se alimenta el ganado vacuno y caballar de los llaneros, son por el contrario relativamente pobres en recursos de flora y fauna y sus suelos no son aptos para la agricultura. Mientras que los llaneros viven en lo fundamental de las sabanas, autores como los antropólogos Robert y Nancy Morey han planteado que el monte es el hábitat que provee de los recursos necesarios para la supervivencia a los guahibo, aunque estos se consideran a sí mismos como gente de sabana²².

Esta dicotomía es válida sólo hasta cierto punto, ya que los llaneros también poseen sembrados en el monte, que están a cargo de los llamados vegueros, mientras que los guahibo cazan animales de sabana o recolectan frutos que crecen en la misma, que son de suma importancia para su alimentación, como el fruto de la palma de moriche²³. Así mismo, tanto guahibos como llaneros construían y construyen sus viviendas en la sabana. Además, como señala Antonio, los guahibo también andaban por la sabana cogiendo ganado o matando gente. E incluso no deja de admirar que logren coger los animales a pie, mientras los llaneros sólo pueden hacerlo remontaos, es decir, a caballo.

Es en esta parte de la novela donde asoma un tímido intento de explicación por parte de Sebastiana de las actividades de los guahibo. "–Era que el Jaspe los perseguía con los vaqueros y con el perraje²⁴. Onde mataba uno, prendía candela y hacía como que se lo taba comiendo asao, pa que lo vieran los fugitivos o los vigías que atalayaban sobre los moriches" (Rivera, 2002: 130).



En este fragmento, Sebastiana, esta mujer de humilde condición, se atreve a impugnar el discurso dominante sobre los indios, mostrando cómo es posible encontrar razones que expliquen sus actos y que estos no son gratuitos, ya que Jaspe los perseguía continuamente y además hacía la pantomima de comérselos. Esta figuración en la novela, de un blanco que pretende ser caníbal, no deja de ser interesante ya que subvierte en algo el paradigma de civilización y barbarie en el que el canibalismo se les atribuye siempre a los indios. Curiosamente, la idea de blancos comedores de indios aparece en la tradición oral guahiba asociada con la figura del cauchero Julio Barrera –quien aparece en *La vorágine* bajo el nombre de Narciso Barrera– y quien llevaba guahibos a las caucherías de la selva que nunca regresaban de nuevo a sus poblados, como explica Marcelino Sosa²⁵.

La impugnación de Sebastiana no llega muy lejos ni alcanza autoridad en la novela, por su género y por su posición social la mujer carece de poder para impulsarla; su hijo le responde de inmediato de una manera tal que debilita sus argumentos: “–Mamá, porque los indios le mataron a él la familia y como puaquí no hay autoridad, tie uno que desenrearse sólo. Blanco, ¡hay que apandillarnos para echarles una buscáa!” (Rivera, 2002: 130).

Antonio explica la situación como una cadena de atropellos mutuos entre blancos e indios que generan venganzas sin fin que nadie detiene porque no hay autoridad alguna en la región que pueda intervenir en la disputa. Algún tipo de derecho de los guahibo sobre sus territorios es algo impensable para el muchacho, quien valida nuevamente, tal como lo había hecho Franco, la matanza de guahibos, invitando además a Cova a participar de la misma. Cova, que no había refutado a Franco en su momento, alza ahora su voz de protesta frente a este interlocutor sobre el cual tiene más poder social: “–¡No, noi ¿Cazarlos como a fieras? ¡Eso es inhumano!–”. Cuando el muchacho intenta contradecirlo, su madre cierra la conversación diciendo: “–¡No contradigás, zambo alegatista! El blanco es más leído que vos” (ibid.: 130).

El poder social en juego en esta conversación es lo que determina el peso de los argumentos de cada cual y aquí es Cova el ganador por blanco –así se les dice en los llanos a los dueños de hatos y a las personas importantes– y por educado, por letrado. Él no ha terciado en la discusión sobre la justicia o injusticia de los sucesos que Sebastiana y su hijo han comenta-

do, lo que critica son los procedimientos con que los llaneros hacen justicia, que le parecen inhumanos y que desde luego están al margen de la ley que gobierna el país aunque no de la del llano. Sin embargo, dentro del conjunto de la novela esta protesta de un renglón pasa notablemente desapercibida y realmente el argumento nunca vuelve a ser retomado en la primera parte de la misma.

He analizado los dos fragmentos de conversaciones que se refieren con más detalle en *La vorágine* al conflicto entre llaneros y guahibos, las demás menciones a esta relación aparecen en el texto a manera de comentarios sueltos que se presentan en distintas ocasiones y que brindan nueva información sobre la representación que de los indígenas se hacen los llaneros. En una de ellas Franco, quien llega al hato del viejo Zubieta, pregunta la causa de que algunas partidas de ganado anden sueltas: “¿Es verdad que anoche hubo barajuste? ¿Por qué lo decís? Desde esta mañana vimos partidas de ganado que corrían solas. Y pensamos: ¡o barajuste o los indios! Pero ahora que pasamos por los corrales...” (ibid.: 158). El comentario apunta a señalar esa presencia permanente del indio en la imaginación de los llaneros, quienes tienden a responsabilizarlos de todo lo malo que les sucede. Otro comentario sobre los indios aflora en labios de Antonio, el hijo de Sebastiana, cuando él y Cova van a caballo por la sabana y al divisar unas personas a lo lejos, el muchacho dice: “Le apuesto que son racionales” (ibid.: 165) para señalar que no son indios, pues a los indios se les dice en el llano todavía hoy en día irracionales, perpetuando así imaginarios del siglo XVI.

A través de la evocación de la oralidad llanera en las conversaciones y fragmentos que he analizado, Arturo Cova, el narrador de *La vorágine*, presenta al lector letrado la visión que del conflicto con los indios tienen los llaneros, absteniéndose supuestamente de expresar su propio punto de vista, con excepción del renglón que condena la cacería de guahibos, situación que cambiará en la segunda parte de la novela. *La vorágine* cumple así un papel de mediación cultural entre ámbitos geográficos, grupos sociales, tradiciones culturales y lenguajes distintos y contrastantes, asemejándose a la narrativa de los autores que Ángel Rama ha llamado transculturadores²⁶, como Roa Bastos, Rulfo, Guimarães Rosa y Arguedas²⁷. Sin embargo, un análisis de *La vorágine* aplicando la categoría de lo autóctono que Carlos Alonso considera como la temática fundamental de las llamadas novelas de la tierra,

²⁵ La historia de Barrera le fue narrada a Marcelino Sosa por su tía y él la transcribió, cito algunos fragmentos de la misma: “Era este mismo [Julio Barrera] que llevaba indígenas a trabajar a ‘un lugar muy bueno donde conseguirían muchas riquezas’ y dejaba mercancías con sus familiares para que los dejaran ir, pero esta gente nunca regresaba. [Se supone que los llevaba a la selva amazónica para trabajar el caucho.] Los guahibo confiaban en él porque sabía hablar el idioma guahibo. Pero cuando los parientes no regresaban, le preguntaban por ellos y él contestaba: ‘Allá tienen de todo. Por eso no quieren regresar. Les mandaron estas cositas [mercancías que él llevaba]. Camine. Vamos a verlos’. Así llevaba piraguas llenas de gente, y nadie regresaba.

Por fin, fueron los otros negociantes quienes comenzaron el rumor de que la familia de Julio Barrera comía gente, y los indígenas fácilmente podían creerlo, pues él se sacaba los dientes (tenía cajas dentales), algo que los guahibo nunca habían visto. Entonces por todas partes salía la versión de que “*Damada-ma* (la suegra de él, Doña Eva) come gente”. (La esposa se llamaba Narcisca, y también tenía una mujer guahiba en el Vichada de nombre Aleja.) (Sosa, 1985: 154)

²⁶ Carlos Pacheco explica así la innovación estética cumplida por los transculturadores: “La mayor parte de esta narrativa se propone ficcionalizar sociedades y culturas tradicionales de las regiones internas latinoamericanas a través de la exploración, apropiación y elaboración estética de algunas de sus peculiaridades culturales, pero en el seno de las formas narrativas como la novela y el cuento literarios, propias de la modernidad occidental” (Pacheco, 1992: 60).

²⁷ Sin embargo, guarda también diferencias importantes con estos autores, ya que Rivera no logra crear un código lingüístico unificado y mantiene la brecha entre el narrador letrado que habla un español culto y los personajes populares que hablan una variante dialectal del mismo, situación que, por ejemplo, tal como ha analizado Pacheco, no se presenta en la narrativa de Rulfo (Pacheco, 1992: 89).

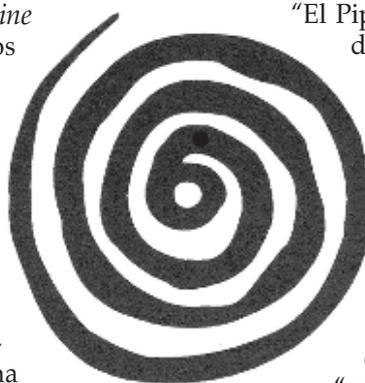
Don Segundo Sombra, La vorágine y *Doña Bárbara*, revela que los guahibo son excluidos de esta categoría y que el papel de transculturador de Rivera se limita a los llaneros.

Alonso define lo autóctono como un modo discursivo basado en una figura retórica que abarca tres elementos: lengua hablada, ubicación geográfica y una actividad humana dada, y que considera fue elaborado como una respuesta de los intelectuales latinoamericanos a los procesos de modernización y a la creciente interferencia de Estados Unidos en los asuntos de América Latina²⁸.

En el caso del llano, las condiciones de esta figura retórica se cumplen a cabalidad. Ya hemos analizado la importancia de la oralidad llanera no sólo como lenguaje sino como referente cultural fundamental para entender la novela; el paisaje es tratado en su especificidad con todo lujo de detalles al igual que la ganadería, la actividad productiva más importante de los llaneros. Sin embargo, todos estos elementos no siempre tienen un carácter positivo ya que a medida que la novela avanza, el llano se va configurando cada vez más como un espacio de violencia producido por las mismas formas de vida social que allí se desenvuelven.

Los guahibo, por el contrario, permanecen al margen de la figura de lo autóctono en la novela. Su lengua ocupa el lugar de la ausencia en el texto porque no es comprensible para los blancos y porque además se la desprecia, dándole el estatus de jeringonza; se les excluye hasta cierto punto de las sabanas, uno de los rasgos más impresionantes de la geografía llanera, y en cuanto a actividades propias se les niega el derecho a ser agricultores, es decir a ser productivos y se les presenta más bien como destructores de la economía de la región al matar el ganado que es la fuente de vida de los llaneros.

El problema de las diferencias lingüísticas en esa zona de contacto que es el llano emerge en toda su dimensión en la última parte de la novela, cuando Cova y sus compañeros conviven por algunos días con un grupo de guahibos. Es la primera vez que Cova entra en contacto directo con estos indígenas y en que los lectores tenemos acceso a su voz y a su versión del conflicto con los llaneros. Sin embargo, la comunicación tanto lingüística como cultural se torna supremamente difícil ya que los guahibo sólo manejan algunos rudimentos de español, “gerundios y monosílabos castellanos” (*ibid.*: 201) y Cova no habla la lengua indígena. Los lectores quedamos sujetos entonces a recibir de manera indirecta y limitada la voz de los guahibo a través de las traducciones del Pipa:



“El Pipa nos transmitía la traducción de *la jeringonza*,” explica Cova (*ibid.*: 195, subrayado mío). Al calificar la lengua de los guahibo de jeringonza, Cova la coloca en una situación de inferioridad, despojándola de valor social y restándole por lo tanto importancia a las palabras de los indígenas²⁹. Estos aceptan recibir a los viajeros a cambio de ciertas condiciones:

“que admitiéramos el guayuco, respetáramos a las pollonas y les ordenáramos a los Winchester no echar truenos” (*ibid.*: 193). Estas tres frases dejan entrever la violencia a la que los llaneros han sometido a los guahibo y a sus mujeres, mostrándonos la otra cara del conflicto en el llano; sin embargo, se pierden dentro del texto, al igual que la tímida defensa de Sebastiana, ya que son seguidas por páginas y páginas en las que se elabora una imagen negativa de los guahibo que le quita fuerza y legitimidad a sus razones³⁰.

Si las actividades ganaderas de los llaneros se exaltan y se describen con lujo de detalles en la novela, incluyéndolas dentro de la categoría de lo autóctono, no sucede lo mismo con las actividades agrícolas de los guahibo ni con su comida. Esta es despreciada por Cova, quien califica la chicha de “bebida mordicante y cáustica” que sólo el Pipa saborea, y el cazabe, que las mujeres preparan con esmero y que requiere de un complicado proceso de elaboración, de “masa inmunda” (*ibid.*: 208). Rivera mismo, en su “Informe a la comisión colombiana de límites con Venezuela”, había planteado la idea de que los guahibo no poseían el arte de la agricultura:

La agricultura propiamente dicha no la encontramos en ninguna parte, salvo dos o tres pequeñas estancias en el Orinoco, debajo de los raudales de Atures y Maipures, de suerte que la base de la alimentación de las gentes que viven en aquellas regiones se reduce al cazabe y al mañoco, productos extraídos de la yuca brava que siembran los indios. (*op. cit.*, s.f.: 46) [subrayado mío].

Después de despreciar la lengua y la comida de los guahibo, así como a las ancianas del grupo a quienes describe como “gorilas momificados” (Rivera, 2002: 202), Cova tiene un cierto interés, que podríamos llamar etnográfico, por la cultura de los indígenas. Interroga así al jefe del grupo por sus tradiciones, cantos guerreros y leyendas, mas al no lograr comunicarse con él por causa de las barreras lingüísticas, concluye de manera totalmente arbitraria que los guahibo carecen por completo de cultura: “inútiles fueron mis cortesías, porque aquellas tribus rudimentarias y nómades no tienen dioses, ni héroes, ni patria, ni pretérito ni futuro” (*ibid.*: 207). Con estos juicios de valor, Cova invalida casi totalmente a las culturas indígenas, si-

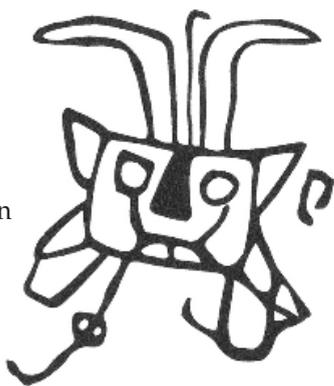
²⁸ Véase el capítulo segundo “The novela de la tierra” de su libro *The Spanish American Regional Novel: Modernity and Autochthony* (1990).

²⁹ Esta situación es usual en las zonas de contacto, como explica Mary Louise Pratt: “Like the societies of the contact zone, such languages are commonly regarded as chaotic, barbarous, lacking in structure” (Pratt, 1992: 6). “Al igual que las sociedades de las zonas de contacto, estas lenguas son consideradas por lo común como caóticas, bárbaras y carentes de estructura” (mi traducción).

³⁰ Augusto Gómez ha analizado el fenómeno de la violencia hacia las mujeres indígenas en los llanos en términos de la competencia interétnica por el acceso a las mujeres en una región donde había más hombres que mujeres: “La vinculación masiva de hombres a los territorios de frontera produce un desequilibrio demográfico entre los sexos y esto explica, en parte, la secular cacería de indias que colonos e inmigrantes realizaban (y realizan!) en los llanos... En consecuencia, en estos contextos de colonización, las mujeres nativas han sido objeto de persecución, de rapto y de violación, en detrimento de la estabilidad de las sociedades indígenas y de sus sistemas de reproducción como grupo” (Gómez, 1991: 453).

tuándolas al margen de la nación colombiana y de la historia.

En *La vorágine* se implementan entonces posiciones que se hacen eco del proyecto dominante que imperaba en Colombia en aquella época hacia los indígenas, “los salvajes que rodeaban la nación”, como los había definido Rafael Uribe. Si bien, las élites que gobernaban la nación desde la región andina no hablaban de los indios como animales dañinos y peligrosos, como lo hacía la élite local en el llano, y no declaraban abiertamente que era legítimo eliminarlos, al



considerarlos como salvajes que sólo podían ser incluidos dentro de la nación mediante un proceso de civilización forzada, los postulaban como un elemento indeseable que era preciso controlar y transformar.

No es de extrañar entonces que el gobierno central no se opusiera a las guerras protagonizadas por los poderes locales en las apartadas regiones de los Llanos Orientales, sino que las aprobara tácitamente a través del silencio y la indiferencia en unos casos, o aliándose con los exterminadores en otros.

BIBLIOGRAFÍA

ACADEMIA DE HISTORIA DEL META, *Los Llanos: una historia sin fronteras. 1er Simposio de Historia de los Llanos Colombo-Venezolanos*, Bogotá: Crear Arte, 1988.

ALONSO, CARLOS J., *The Spanish American Regional Novel: Modernity and Autochthony*, Cambridge: Nueva York, Cambridge UP, 1990.

ALTAMAR, ANTONIO CURCIO, *Evolución de la novela en Colombia*, Bogotá: Instituto Colombiano de Cultura, 1975.

BARBOSA ESTEPA, REINALDO, *Guadalupe y sus centauros-Memorias de la insurrección llanera*, Bogotá: Instituto de Estudios Políticos y Relaciones Internacionales de la Universidad Nacional-Cerec, 1992.

BENJUMEA YEPES, HENRY, *Literatura llanera: aproximación histórica y crítica*, Colombia: Fondo Editorial Entre Letras, 2001.

CARIBÁN MATAPÍ, RUDESINDO - ORGANIZACIÓN NACIONAL INDÍGENA DE COLOMBIA (Onic), *La Orinoquia y la problemática de sus pueblos indígenas*, Bogotá: Turdakke, 1993.

DONNAN, HASTINGS; WILSON, THOMAS M., *Borders: Frontiers of Identity, Nation and State*, Oxford; Nueva York: Berg, 1999.

FRENCH, JENNIFER LYNN, “The Invisible Empire: Neo-colonialism and the Spanish-American Regionalist Writers”, Ph.D. Dissertation, Rutgers The State University of New Jersey-New Brunswick, 2001.

GÓMEZ, AUGUSTO, *Indios, colonos y conflictos. Una historia regional de los Llanos Orientales, 1870-1970*, Bogotá: Siglo XXI-Pontificia Universidad Javeriana-Instituto Colombiano de Antropología, 1991.

GUÁQUETA GALLARDO, ROGERIO, “La fundación de Arauca”, Comité Bicentenario de Arauca, Bogotá, enero 1976.

HELG, ALINE, “Los intelectuales frente a la cuestión racial en el decenio de 1920: Colombia entre México y Argentina”, en *Estudios Sociales*, 4(1989), ps. 39-53.

HENNESSY, ALISTAIR, *The Frontier In Latin American History*, Londres: Edward Arnold, 1978.

HUMBOLDT, ALEXANDER VON, *Viaje a las regiones equinocciales del nuevo continente*, v. 3, Caracas: Biblioteca Venezolana de Cultura, 1941.

LARSON, BROOKE, “Andean Highland Peasants and the Trials of Nation Making during the Nineteenth Century”, en *The Cambridge History of the Native Peoples of the Americas*. Volume III. South America. Part 2, Cambridge, Inglaterra; Nueva York: Cambridge University Press, 1996, ps. 558-703.

LOYO ROJAS, RAÚL, *Karanau. Relatos breves y crónicas - El Llano: su gente... su folklor...*, Bogotá: Instituto Colombiano de Cultura, 1985.

MERCHÁN DELGADO, HUMBERTO, *Casta de centauros*, Bogotá: Horizonte Llanero, 1999.

MATO, DANIEL, *Cuenteros, cuentahistorias y cacheros del oriente venezolano. Notas etnográficas y discusiones teóricas sobre el arte de narrar*, Barcelona, Venezuela: Fondo Editorial del Caribe, 1993.

MOREY, NANCY C., “Ethnohistory of the Colombian and Venezuelan Llanos”. Dissertation, University of Utah, 1975.

MOREY, ROBERT V., “Ecology and Culture Change Among the Colombian Guahibo”. Dissertation, University of Pittsburgh, 1970.

MOREY, NANCY y ROBERT V. MOREY, “Foragers and Farmers: Differential Consequences of Spanish Contact”, en *Ethnohistory*, 20(3), 1973, ps. 229-246.

NEALE-SILVA, EDUARDO, *Horizonte humano. Vida de José Eustasio Rivera*, Madison, University of Wisconsin, 1960.

- ORDÓÑEZ VILA, MONTSERRAT (comp.), *La vorágine: textos críticos*, Bogotá, Alianza Editorial Colombiana, 1987.
- ORTIZ, MARÍA MERCEDES; ZAMBRANO, MARTA, "Esbozo histórico de las relaciones entre llaneros y guahibos", tesis de grado, Universidad Nacional de Colombia, 1984.
- PACHECO, CARLOS, *La comarca oral: la ficcionalización de la oralidad cultural en la narrativa latinoamericana contemporánea*, Caracas: La Casa de Bello, 1992.
- PACHÓN FARÍAS, HILDA SOLEDAD, *José Eustasio Rivera intelectual – Textos y documentos 1912-1928*, Bogotá: Empresa Editorial Universidad Nacional de Colombia-Universidad Surcolombiana, 1991.
- _____, *Los intelectuales colombianos en los años veinte: el caso de José Eustasio Rivera*, Bogotá: Colcultura, 1993.
- PÁEZ, RAMÓN, *Travels and Adventures in South and Central America with Life in the Llanos of Venezuela*, Hartford T. Belknap, 1873.
- PINEDA CAMACHO, ROBERTO. *Holocausto en el Amazonas. Una historia social de la Casa Arana*, Bogotá: Planeta Colombiana Editorial S.A., 2000.
- PRATT, MARY LOUISE, *Imperial Eyes. Travel Writing and Transculturation*, Londres: Routledge, 1992.
- RAMA, ÁNGEL, *La ciudad letrada*, Hannover, NH, USA: Ediciones del Norte, 1984.
- RAUSCH, JANE M., *A Tropical Plains Frontier. The Llanos of Colombia 1531-1831*, Albuquerque: University of New México, 1984.
- RIVERA, JOSÉ EUSTASIO, *La vorágine*, edición de Montserrat Ordóñez, Madrid: Cátedra, 2002.
- RUBIO RECIO, J.M., *El Orinoco y los Llanos*, Madrid: Anaya, 1988.
- SOSA, MARCELINO, *El valor de la persona en la economía guahiba*, Bogotá, edición privada, 1985.
- URIBE URIBE, RAFAEL, *Reducción de salvajes*, Cúcuta: Imprenta de El Trabajo, 1907.
- VASCO URIBE, LUIS GUILLERMO, *Entre selva y páramo. Viviendo y pensando la lucha india*, Bogotá, Instituto Colombiano de Antropología e Historia, 2002.
- DAVID J. WEBER y JANE M. RAUSCH (eds.), *Where Cultures Meet: Frontiers in Latin American History*, Wilmington, Del.: SR Books, 1994.